

# Coherencia moral



Luis  
Sánchez-Merlo

El conflicto originado por el brutal ataque de Hamás –una amenaza existencial para el pueblo judío– y la respuesta de Israel –una amenaza existencial para los palestinos– suscita consideraciones morales a propósito de la actuación de unos y otros.

En un intento de acreditar o desacreditar a los oponentes, en tiempos de guerra se exagera la discusión y los posicionamientos de las partes en liza. Es absurdo decir que un bando tiene razón y el otro no. En una situación tan compleja, no es posible exigir tanta “claridad moral”, supuestamente la máxima virtud, sin provocar un mayor extremismo.

El problema de la claridad moral –es decir, definir la totalidad de un conflicto con la afirmación de que un bando es el bien y otro el mal– es que acaba siendo sinónimo de simplicidad.

¿Quién tiene claridad moral? El primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu, y su gobierno de extrema derecha siempre han tenido claridad moral y ésta no protegió al pueblo de su nación, así que ahora se preparan para arrasarse Gaza.

Es sabido que “simplificar cosas complicadas” no sólo no es un debate completo, sino que es falso, porque la mayoría de la gente sólo atiende a los temas cardinales. Hablar de coherencia moral permite una discusión más honesta y abierta. Hamás lleva 18 años atrincherada en Gaza y no ha encontrado ninguna oposición significativa por parte de los palestinos desde que los eligieron, como gobierno, en 2006. Israel estaba en Gaza, donde había asentamientos judíos, y era mucho más pacífico que hoy. Se fueron de Gaza porque el gobierno títere que eligieron no fue electo, con la esperanza de que abandonarlo en paz traería la concordia. Y no fue así.

Cabe preguntarse si hay solución a un problema como éste: millones de personas de diferentes razas quieren vivir en la misma tierra, sin compartirla. Puede que no haya solución pacífica al ser la intención de ambos la destrucción absoluta del otro. Lo primero de todo es ponerse de acuerdo en el lenguaje apropiado. Y en este orden, qué se considera crimen de guerra. Hace un año, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, denunció los ataques de Rusia contra infraestructuras civiles en Ucrania como crímenes de guerra. Lo expresó así: “Dejar sin agua, electricidad y calefacción a hombres, mujeres y niños con el invierno a la vuelta de la esquina son actos de puro terror y tenemos que calificarlo como tal”.

Hay quien se pregunta por qué en sólo un año esos “valores occidentales” se aplican a Rusia, pero se descuidan cuando se trata de Israel. Dicho esto, siempre ha habido un apresuramiento a “condenar cualquier exceso israelí”, pero va siendo hora de “poner fin a ese tipo de pensamiento y crítica”. En esta ocasión, Hamás invadió suelo israelí y empezó a acribillar a civiles, matando intencionadamente a niños, lo que constituye un crimen de guerra, de la misma manera que lo es la utilización de niños como escudo. La mitad de los civiles de Gaza, niños, no son responsables del comportamiento de los adultos.

La respuesta fulminante de Israel, con bombardeos discriminatorios que matan a civiles, no se hizo esperar. Si Hamás quiere evitar la muerte de civiles no debería esconderse de forma premeditada entre la población civil, utilizando a sus propios ciudadanos como escudos. Ambos son crímenes de guerra y un crimen de guerra no excusa otro.

Lo que ha hecho Hamás es atroz e indefendible, no puede haber justificación para asesinar niños a propósito. Quien racionalice tal comportamiento abandona cualquier pretensión de moralidad.

## Represalias a gran escala

Israel aplica represalias a gran escala contra la población civil, cortando el suministro de alimentos, medicinas, electricidad y agua a Gaza, y bombardeando hospitales, edificios de apartamentos, mezquitas y simplemente calles donde viven 2,1 millones de personas, la mitad de las cuales son niños. Los palestinos también tienen derecho a una vida plena. Y llevan 75 años sin conseguirlo. Las represalias masivas no funcionan, sólo acaban siendo la herramienta que Hamás y otros como ellos utilizan para reclutar más miembros.

Lamentablemente, ni Hamás ni Fatah han querido renunciar al poder y celebrar elecciones. No cabe descartar que la mayoría de los palestinos sí quieran una coexistencia pacífica con Israel.

A renglón seguido: los daños colaterales, parte pavorosa pero inevitable de la guerra. Los israelíes no cruzan la frontera con Gaza con el propósito expreso de matar niños. Esos niños estarían vivos si los soldados de Hamás no se escondieran entre ellos. Hamás, en cambio, cruzó la frontera con Israel con la intención expresa de matar niños.

Las atrocidades de Hamás justifican la ira israelí, pero no las atrocidades israelíes como respuesta. Las personas que hacen su vida cotidiana tampoco son responsables de los horrores cometidos en su nombre. Hay víctimas inocentes en ambos bandos y, como seres humanos, debemos reconocerlo. Tenemos la responsabilidad moral de ser “moralmente coherentes”, lo que significa preocuparnos por ambos. El conflicto precisa más coherencia moral que claridad moral. Tenemos que centrarnos en que las personas están sufriendo en ambos bandos. Los recientes arrebatos emocionales de Joe Biden, dando un cheque en blanco a Israel para que haga lo que quiera en Gaza, no se compadecen con algo tan racional como evitar la destrucción sistemática de un enclave asaz problemático.

A medida que la guerra entre Israel y Gaza avanza vertiginosamente, con Israel profundamente herido (ha dado a más de un millón de palestinos del norte la orden imposible de evacuar hacia el sur en 24 horas) pone de manifiesto que la ideología política no determina el valor de una vida humana inocente. Políticos, organizaciones y ciudadanos de a pie declaran sus posiciones sobre el conflicto y todos los demás saltan a juzgar lo que se ha dicho.

A Israel le conviene reducir el coste moral de la respuesta al ataque terrorista poniendo fin a un castigo colectivo. La forma de entender este desgarrador conflicto no requiere la claridad moral que tantos reclaman, sino coherencia moral.

*“El ojo por ojo deja ciego al mundo entero”*  
(Gandhi)